

ESCRITURA Y DEVOCIONES ENTRE LAS HIJAS DE CLARA: BUENOS AIRES, 1749-1920*

POR

ALICIA FRASCHINA¹

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

La lectura y el análisis del *Resumen histórico del convento de monjas capuchinas de Buenos Aires*, en especial el tomo III —un costumbrario—, y de una serie de poemarios individuales y colectivos escritos por las ‘hermanas pobres’, permite acceder a un mundo hasta ahora muy poco conocido: varias de las prácticas devocionales y escriturarias que las capuchinas porteñas fueron desarrollando en el interior de la clausura entre 1749 y 1920. Prácticas originales, por momentos sorprendentes, en las que apelan a los afectos y a las emociones, valiéndose para ello de un lenguaje cotidiano. Un camino que transitan con distintos objetivos: acceder y explicar lo inefable a partir de lo cotidiano, dar a conocer a las novicias las profundidades de la fe en Jesucristo, hacer de las recreaciones momentos de enseñanza y de plegaria, mantener vigente la adhesión a la pobreza, construir lazos con sus compañeras de ruta, dejar constancia de muy originales maneras de hacer, y conservar la memoria de su comunidad creando un patrimonio femenino destinado a perdurar.

PALABRAS CLAVE: capuchinas; escritura femenina conventual; poemarios; devociones; celebraciones conventuales; memoria

WRITING AND DEVOTIONS AMONG CLARE’S DAUGHTERS: BUENOS AIRES, 1749-1920

ABSTRACT

The analysis of the *Resumen histórico del convento de monjas capuchinas de Buenos Aires*, mainly Volume III—a compendium of customs—, and a collection of poetry notebooks written by the Capuchin nuns of Buenos Aires, has allowed me to gain access to an almost unknown world: several of the devotional and writing practices that these nuns developed inside the cloister along the period 1749-1920. Several original, even surprising practices and many poems through which the Capuchin nuns appealed to affections and emotions by means of an everyday language. A path they walked aiming with different goals: to access and explain the ineffable from the everyday, teach the novices the depths of faith in Jesus Christ, turn leisure times into moments of learning and prayer, keep in force the support of poverty, create fraternal ties among their sisters, and preserve the memory of their community by creating a feminine heritage destined to endure.

KEY WORDS: Capuchin nuns; women’s convent writing; poems; devotions; convent festivities; memory.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Fraschina, Alicia. 2022. «Escritura y devociones entre las hijas de Clara: Buenos Aires, 1749-1920». *Hispania Sacra* LXXIV, 150: 539-550. <https://doi.org/10.3989/hs.2022.38>

Recibido/Received 05-04-2021
Aceptado/Accepted 14-08-2021

* Este artículo es parte de mi trabajo de investigación de más de dos décadas en torno a las monjas y beatas de Buenos Aires, sus prácticas religiosas, sociales y escriturarias. Agradezco a sor Guadalupe, a cargo del Archivo del Monasterio Santa Clara, Moreno, Argentina, haberme dado a conocer las fuentes con la que he llevado a cabo esta investigación y el tiempo que reiteradamente me ha dedicado para responder a mis inquietudes en torno a distintas prácticas conventuales. Criterio de transcripción de poemas: reproduzco tildes donde la autora las usa.

¹ aliciafraschina@gmail.com / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6612-2957>

En el monasterio Nuestra Señora del Pilar de monjas capuchinas de Buenos Aires² lo espiritual y lo cotidiano convergen en la construcción de la vida religiosa. Al igual que en tantos conventos de España (Alarcón Román 2014) como de Hispanoamérica (Lavrin 1995) día a día se solapan en él las pequeñeces de la vida diaria y los momentos más sublimes en los que las monjas buscan la comunicación con Dios. Una comunicación a la que aspiran a través del ritual diario —rezo del oficio divino en cada una de las horas canónicas, misa, rosario, oración mental, novenas y procesiones— a lo largo de las distintas etapas del año litúrgico. Un acontecer cotidiano que transcurre dentro de coordenadas muy especiales de tiempo y espacio, dos dimensiones minuciosamente pautadas, ritualizadas, en la normativa conventual.

No obstante, esta detallada normativa —o tal vez debido a ella— las capuchinas de Buenos Aires intentaron en más de una ocasión resignificar los jerarquizados espacios conventuales, crear momentos cargados de afectividad y fuertes emociones en los distintos tiempos litúrgicos y conocer las honduras de su propia fe, el sentido de su vida consagrada, por senderos distintos a los establecidos en la regla y las constituciones. Con ese fin apelaron a la escritura, base de los ejercicios de regocijo, expansión y búsqueda de trascendencia, que realizaban a lo largo del año.

Mi objetivo en este artículo es conocer, comprender y sacar a la luz cuales son las representaciones que dan sentido al mundo que ellas van diseñando, según ha quedado plasmado en sus escritos, y cuál es la finalidad que persiguen. Contamos para ello con un importante *corpus* documental: dos tipos de fuentes, testimonios sencillos en su expresión, pero profundos en su significado, cuyo valor supieron reconocer y han conservado. Un *Resumen histórico* (en adelante RH), una crónica en tres tomos, en la que se reivindica la memoria y el valor de la experiencia, un testimonio que abarca desde la fundación del monasterio en 1749 hasta 1920-1921, el momento de su escritura; y decenas de poemas y coloquios —de tono subjetivo— para las distintas etapas del año litúrgico, celebraciones marianas, festividades del santoral —en especial las relacionadas con el santoral seráfico— y en torno a los festejos del ingreso y la profesión. Una serie de composiciones compiladas en cuadernos y libretas que han sido catalogados y numerados recientemente, algunas hojas sueltas, y cuadernillos con novenas y devociones, en los que —según la tradición— las monjas encontraban inspiración.³ Testimonios que presentan dos rasgos típicos de las composiciones conventuales: un alto grado de anonimía —muy probablemente motivado en la humildad—, y escasez de referencias temporales, dos características que hacen más complejo el trabajo del historiador. Es más, algunos de dichos cuadernos son compilaciones de poemas —verdaderos poemarios colectivos—

escritos originalmente por distintas autoras en diferentes épocas. Solo uno, el cuaderno 14, lleva las iniciales de su autora, «SMJ»: sor María Jacinta Guerrico;⁴ una capuchina que en la primera mitad del siglo XIX sintió la necesidad de escribir y se animó a dejar una clara huella de su identidad. Un hecho poco común, pero no único dentro de la escritura conventual (Morand 2009).

El tomo III del *Resumen histórico*, el «Apéndice», según el título dado por la autora, es la base y guía a partir de la cual organizo este artículo. Un costumbrario escrito con la intención de conservar la memoria, dar a conocer «el gran número de ejercicios piadosos que se practican en la comunidad durante el año, y dar detalles breves pero exactos con el fin de que quienes los leyeren, tengan oportunidad de conocer y admirar cómo se criaron y formaron las primeras religiosas» (Ap.,41).

Tal vez el hecho de que el ritual diario se desarrollara en latín —lengua que muy probablemente una gran parte de las religiosas porteñas apenas conocía— y sin duda una importante tradición de escritura poética dentro de la orden —que arranca con el mismo Francisco (+1226)— dio pie al uso de la poesía como parte de la expresión de un profundo sentimiento religioso, una tradición que se continuó en el siglo XV entre los franciscanos y a partir de la segunda mitad del XVI se hizo una práctica habitual entre las clarisas y capuchinas,⁵ una tradición centenaria que las impulsó a escribir y a dramatizar en su lengua materna, a introducir su propia voz, como una forma más accesible de entender y sentir la fe y, por lo tanto, de las prácticas devotas que la expresaban.

Son textos en los que la individualidad dialoga con la *imitatio*. Escritos didácticos redactados a partir de una perspectiva comunitaria, para sus hermanas, muy especialmente para las novicias a las que había que formar y confirmar en su opción por ser esposas de Jesucristo e hijas de Clara. Así es que sor María Jacinta y tantas otras que han permanecido anónimas, en su afán por conservar las costumbres, aún las más insignificantes, y para que las novicias recitaran versos en distintas ocasiones, especialmente durante los recreos de las celebraciones conventuales —un tiempo de encuentro y diálogo— optaron una y otra vez, por escribir sus poemas (RH II, 61-62).

A lo largo de nuestro análisis observamos dos características comunes a las distintas prácticas: la repetición metódica, año a año, de pequeños y simples actos devocionales que —explica la autora del *Resumen histórico*— «no son superfluos sino que conservan el espíritu recogido disponiéndolo para la santa oración y encienden el deseo de adelantar hacia la perfección» (Ap., 52); y la resignificación del espacio, distinto al señalado por la normativa: crean el

² Sobre el monasterio Nuestra Señora del Pilar, Buenos Aires, Argentina, ver Fraschina 2010 y 2012; Udaondo 1949. Las herederas de estas monjas capuchinas, ya como clarisas, desde 1982 tienen su monasterio Santa Clara en Moreno, Provincia de Buenos Aires, Argentina. En él se conserva el archivo de las primitivas capuchinas.

³ Archivo del Monasterio de Santa Clara (en adelante AMSC), *Resumen histórico del Convento de Monjas Capuchinas de Buenos Aires. Sacado de apuntes antiguos que se conservan en el archivo del mismo Convento, 1920*. Tres tomos. Manuscrito. Para el ciclo navideño, cuadernos 8, 14 y 15; ciclo de la VirgenMaría y santa Clara, cuadernos 3, 14 y 19; ciclo de hábitos y velos, cuadernos 14 y 19.

⁴ Según consta en el *Resumen histórico* II, 17, sor María Jacinta Guerrico murió en 1840 a los 47 años de edad y 25 de religión. Entre sus poemas los hay dedicados al ingreso y profesión, para el día del Dulce Nombre de María, día del Tránsito de Nuestra Señora, para el día de la Octava de Nuestra Madre Santa Clara y un ajuarrito espiritual.

⁵ En torno a la escritura y recitado/canto de poemas por parte de las religiosas en la España moderna —sin duda una base sustancial de las prácticas que observamos en Buenos Aires—, ver Baranda Leturio, 2013. Entre los ejemplos que brinda la autora relata que las cinco monjas capuchinas que desde Madrid se dirigieron a fundar a Lima, fueron agasajadas con romances escritos con motivo de su llegada a Córdoba y a Cádiz. En torno a dicho viaje ver Vargas Ugarte 1947.

escenario, componen el texto, llevan a cabo la puesta en escena y dejan un testimonio de lo acontecido. Sucesivos pasos que transitan una y otra vez «a la medida de los anhelos del corazón» (Ap., 52), en torno a la novenita del Señor de la cocina, la procesión de la noche de Navidad, el nacimiento del Niño Dios, la cena del Jueves Santo, las distintas celebraciones marianas y la recepción de una novicia o una profesante, exhibiendo en cada oportunidad múltiples manifestaciones de la creatividad femenina, sencilla en su estructura y plena de afecto y emoción.

Con el objetivo de comprender de qué modo el contenido de ambas fuentes —«Apéndice» y poemarios— se trasladaba del texto a las prácticas y viceversa, opté por ensamblarlas. El resultado puede verse en la tabla 1.

TABLA 1

Tabla de ciclos litúrgicos Monasterio monjas capuchinas de Buenos Aires

Tema	Cuaderno	Contenido
I. Ciclo navideño		
Ajuarcitos espirituales	14	51 cédulas
Jaculatorias	14	55 jaculatorias
Ajuarcito al Niño Dios	15	38 cédulas
Otro ajuarcito	15	42 cédulas
Otro ajuarcito	15	33 cédulas
Afectos en verso para cédulas del ajuarcito	15	9 afectos
Coloquio de la noche de Navidad	8	1 coloquio
II. Ciclos de la Virgen María y de santa Clara		
Natividad de María	19	20 poemas
Dulce nombre	14	3 poemas
Asunción / tránsito	14	4 poemas
	19	21 poemas
Mes de María	3	36 suertes o cédulas 1 para cada flor
	Folios sueltos	40 suertes o cédulas
Octava de santa Clara	14	8 poemas
	19	9 poemas
III. Ciclo de hábitos y velos		
Ingreso	14	3 poemas
	19	16 poemas
Profesión	14	4 poemas
	19	17 poemas

Fuente: Elaboración propia.

Estamos ante un tema —un legado poético organizado en ciclos— que ha sido estudiado por Nieves Baranda Leturio (2013) para el caso de España. A partir de una muy amplia investigación la autora llega a conclusiones relevantes: los conventos femeninos de la Edad Moderna en España fueron grandes consumidores de poesía, no solo para actos litúrgicos, sino también en su rutina cotidiana, muy especialmente para los tiempos de recreación de las festividades que se celebraban puertas adentro. Hay una cultura de

la fiesta que integra lo poético en las celebraciones de la Navidad, la Pascua de Resurrección, el santo patrono y la profesión religiosa. Quizá —concluye Baranda Leturio— la tradición de conservar la memoria colectiva sea la que salve parte de estas composiciones y permita que se trasladen al papel, pero también la que difumina autorías.

En torno a la misma temática Verónica Zaragoza Gómez (2017) parte del análisis de una única fuente: el *Cancionero poético del Carmelo descalzo femenino de Barcelona (ca 1588-ca 1805)*, una poesía que fue, entre las seguidoras de Teresa de Jesús, una afición de amplia y apreciada presencia, asociada a menudo al ciclo litúrgico conventual y al tiempo de las «recreaciones». Un legado poético que se ha conservado de manera anónima, en poemarios colectivos, obra de distintas copistas. La autora logra delimitar los ciclos presentes en el *Cancionero de Barcelona*, advierte que los poemas se enmarcan en el ámbito festivo privado conventual y en el universo de las devociones de la comunidad; reconoce que recurrir al *Costumbrario* o recopilación de costumbres devocionales le fue de gran utilidad en el análisis; y detecta tres ciclos temáticos que —afirma— son propios de la tradición carmelitana: el navideño, el de hábito y velos, y aquel que comprende los ciclos del Santísimo Sacramento, de la Virgen María y de los santos propios de la orden. Concluye afirmando que la revisión del libro poético le ha permitido adentrarse en un ámbito completamente desconocido.

Se trata de dos investigaciones que confirman el extraordinario valor de las fuentes conservadas en el monasterio de Nuestra Señora del Pilar de la ciudad de Buenos Aires. Las capuchinas porteñas compusieron poemas siguiendo el mismo esquema: los tres ciclos litúrgicos y las festividades de su comunidad, núcleos desde donde se disparan diversas reflexiones. A diferencia de la producción poética de las carmelitas de Barcelona, las capuchinas de Buenos Aires han conservado sus poemas en una serie de cuadernos y libretas: algunos dedicados a un tema específico: ajuarcitos y afectos para la Navidad (cuaderno 15), poemas y cédulas para el mes de María (cuaderno 3 y folios sueltos); y otros, tanto poemarios colectivos (cuaderno 19) como individuales (cuaderno 14), en torno a los tres ciclos mencionados.

Siguiendo la minuciosa narración del «Apéndice» del *Resumen histórico* nos internamos en el corazón de la clausura a fin de observar, paso a paso, la creatividad, intenciones subyacentes e implicancias, en torno a las prácticas devocionales y los distintos usos de la poesía en la rutina cotidiana de las capuchinas porteñas, muy especialmente durante las recreaciones.

1. CICLO NAVIDEÑO

El año litúrgico comienza con el adviento. El nacimiento de Jesús, el Dios hecho hombre, se preparaba a lo largo de este tiempo, un período de cuatro semanas durante las cuales, al ritual obligado ya de por sí importante, se agregaba un sin fin de actividades de todo tipo: había que disponer el huerto cerrado, y muy especialmente el corazón, para la llegada del Niño, componer nuevos «ajuarcitos espirituales» o recurrir al archivo del monasterio en busca de los escritos en años anteriores, repasar las jaculatorias, seleccionar

algunos «afectos» en verso,⁶ armar el pesebre y organizar la procesión —en realidad las dos procesiones— de la Navidad.

Un tiempo que comienza el 30 de noviembre con la devoción conocida como «las 1000 Avemarías» (Ap., 43). Ese día se reparten las cédulas: se organiza el «ajuarcito espiritual» compuesto por «cédulas que es costumbre sortear entre las religiosas al comienzo del Adviento y sirven de preparación devota para la Navidad» (Ap., 66), un «ajuarcito» que irá confeccionando la comunidad a lo largo de las cuatro semanas. Según se conserva la tradición en el monasterio, en una ceremonia presidida por la abadesa, a la que asisten todas las profesas y las novicias, se ubican al frente las dos novicias más jóvenes portando cada una de ellas una cajita: una con tarjetas en las que se ha escrito el nombre de cada participante, otra con «cédulas» o «suertes» en las que se indica la virtud, actitud y afecto que cada religiosa deberá cultivar «con fervor encendido» durante este tiempo litúrgico. Es decir que se deja librada a la suerte o al azar la tarea encomendada a cada una. Las novicias designadas entregaban a la abadesa una cédula de cada cajita, al tiempo que las monjas y las demás novicias se acercaban a recibir las en perfecto orden, y como era de rigor en todas las ceremonias, según su velo —negro o blanco—, oficio, y antigüedad en la orden.

Hemos localizado cinco ajuarcitos espirituales escritos o recopilados a lo largo de varias décadas, alrededor de unas doscientas cédulas que han quedado registradas en distintos cuadernos y libretas.⁷ Dos centenares de sugerencias escritas en verso, que refieren a pequeños actos de devoción, actitudes y prácticas —una tradición consolidada entre las capuchinas novohispanas (Lavrin 2007) y las concepcionistas guatemaltecas (Anchisi de Rodríguez 2017)— que cada adviento cubrían las «necesidades» del niño por nacer: el portal, la cunita con sus sábanas y el cobertor, la ropa para abrigarlo, adornos y juguetes, vajilla para la sopita, una serie de tareas destinadas a cuidar y mimar al recién nacido y servir a su madre, hasta una criada. Nada podía faltar. Una lista de «necesidades» que se iban satisfaciendo mediante la práctica de las virtudes, la opción por la soledad y el retiro, la muerte a lo terrenal, el ofrecimiento del corazón por posada, la entrega de las potencias y los sentidos, la guarda de la modestia y el silencio, el cultivo de pensamientos elevados, hacerse niño con actos de fe, amor y esperanza, alabar a María intercesora, rezarle a san José —padre adoptivo de Jesús— y aspirar a la oración continua. ¿Cómo lo expresaban concretamente?

Camisita	Almuadita
En esta suerte te pide	La Almuada donde recline
La camisita el Dios Niño	su cabeza el Redemptor
Se la harás del corazón	se la haras con las potencias
Todo en su amor encendido	empleándolas en su amor
Vive a solas con tu amado	meditale Niño
Cierra a todo tus sentidos	contemplale Dios
Y así le harás camisita	y hasle nueva entrega

⁶ De esta selección han quedado huellas: en distintos cuadernos vemos estrofas recuadradas o señaladas con +++.

⁷ AMSC, Ajuarcitos espirituales: cuaderno 14, sor María Jacinta Guerrico, ff. 1-22; cuaderno 15, tres ajuarcitos, copiados cada uno con una distinta caligrafía, ff. 1-13; 13-26; 27-36. Afectos y cédulas del ajuarcito: cuaderno 15, ff. 36-39.

Que le defienda del frío. de tu corazón.
(SMJ, C. 14, ced. 6) (C. 15, Ajuarcito II, ced. 21)

Dentro de estas cédulas se colocaban «afectos» en verso:

Obediencia	Caridad
O Amantísimo Jesús	Ven dulce vida del alma
mi Rey, mi Señor, mi Dueño,	ven no aguardes dilaciones
yo te ofrezco el corazón	y en dulce amar abraza
y todo quanto poseo	las almas y corazones (C. 15,
	afecto 5)

acaba ya de nacer
de la aurora, que es María
a auyentar nuestras tinieblas
divino Sol de Justicia (C. 15, afecto 4)

Mientras tanto, en el antecoro, después del rezo del oficio divino y de cumplir con las distintas tareas asignadas, desde ocho días antes de la Navidad, se va armando el pesebre o choza de Belén. Todas las religiosas cooperan en su armado pues, si bien hay una monja expresamente encargada de dicha tarea, debido a las dimensiones de este nacimiento —seis metros de ancho, tres y medio de fondo y tres de alto— es imposible hacerlo en soledad. En esta enorme estructura se colocaban pastores, rebaños de ovejas, chozas, plantas naturales: variedad de helechos repletos de pájaros, y un sinnúmero de macetitas de trigo o maíz cultivado a la sombra. Todo iluminado por unas cuarenta lamparitas de varios colores daba un aspecto brillante «en medio de nuestra pobreza» (Ap., 56-57).

El 24 de diciembre concluye la novena del Niño Dios, una de las ocho que realizaban las capuchinas a lo largo del año litúrgico, sin contar las de penitencia (Ap.: 55).⁸ Una novena que marcaba la culminación del tiempo de adviento. La cronista describe los festejos de este día excepcional en el que «se ve, se siente, se saborea el espíritu de N. P. San Francisco, llamado con razón el 'loquito de Belén'» (Ap., 53).⁹

Damos la palabra a la capuchina autora del *Resumen histórico* quien resalta la naturaleza teatral del evento:

Esa noche no hay un solo corazón triste ni apocado, todo respira alegría [...] Desde la víspera, es decir, el 24 antes de tocar a Prima [primera oración antes del amanecer] recorren los claustros no solo las jóvenes, cubiertas sobre el santo hábito de gazas y flores,¹⁰ llevando en las manos instrumentos músicos, tambores,

⁸ Promete enumerarlas al final del apéndice, pero —por razones que desconocemos— no llega a hacerlo.

⁹ Francisco fue quien popularizó entre los fieles cristianos la devoción al nacimiento o pesebre. Una devoción que tuvo su origen en la ermita de Greccio —situada entre Roma y Asís— en la que, tal como consta en *la Vida primera* escrita por Tomás de Celano en 1228, se reprodujo en vivo el nacimiento de Jesús. *Enciclopedia franciscana*. «La Navidad de Greccio celebrada por San Francisco (1223)» franciscanos.org/enciclopedia/navidad1223.html [consulta: 1 de abril de 2021]. Una práctica que, al facilitar una más profunda captación del acontecimiento mediante la aplicación de los sentidos, encontró una amplia difusión en distintas partes del mundo.

¹⁰ El uso de gazas y flores por parte de las hermanas pobres remite al Cantar de los cantares y a los Salmos, ambos retomados por Clara en su Carta IV a la beata Inés de Praga: «Mira diariamente este espejo [Cristo], tú, oh reina, esposa de Jesucristo. Y observa constantemente en él tu rostro, para revestirte totalmente por dentro y por fuera con variedad de adornos y rodearte de flores y vestidos de todas las virtudes, como corresponde a quien es hija y esposa castísima del Rey supremo» (Carta de Clara en Omaechevarría 1952, 339-340).

flautas, panderetas, acordeones, etc.¹¹ Otras portan papeles con villancicos que cantan en las puertas, primeramente a las Preladas para despertarlas, invitándolas a salir al encuentro del Esposo, contestando estas con una lluvia de caramelos a todos lados, que las monjas recogen con la misma candorosa sencillez de un pequeño niño; siendo lo más gracioso cuando en el recorrido que hacen por el claustro, encuentran alguna dormida en la celda, la cual no tiene más recurso que salir en medio de todas las que la rodean, le cantan y tocan la música muy alegres (Ap., 53-55).

Se han conservado los versos de uno de los cantos que entonaban las monjas:

Con suave y divina armonía
Madrugan los rayos del divino sol
Dispertad zagalejas amantes
Venid adorarle que nace hombre y Dios.
[...]
Dispertad que no es justo que duerma
quien ama de veras, porque es cruel rigor
pues a vista de un favor tan grande
elévase el alma y arda el corazón.

Dispertad que ha dejado su solio
por solo llevarse de fuerte pasión
sin mirar le ha de ser muy amargo
nuestro ser y traje que humano tomó.

Dispertad que ya amoroso y tierno
El que antes era de venganzas Dios
le hallareis entre dos animales
temblando de frío sintiendo el rigor (Ap., 55).

Una exhortación a abandonar el descanso y adorar al Niño Dios quien se hace hombre sin medir las amargas consecuencias de su opción. Un Dios que abandonando su trono y su actitud de juez inclemente —presente por momentos en el Antiguo Testamento y que las monjas tienen muy en cuenta— se muestra débil entre dos animales, con frío, necesitado de abrigo y de cariño. Una necesidad a la que, en forma de ajuarito espiritual, responden las capuchinas.

Esta ceremonia se repite a la noche del mismo día antes de entrar a maitines, una vez más con cantos, músicas y caramelos (Ap., 55). Durante la procesión nocturna, las monjas recitaban un extenso poema dialogado —conservado en nueve folios— un coloquio entre Cristo y el Alma. Un diálogo amoroso entre un Dios, que en un exceso de amor se hace vulnerable y busca morada donde albergarse y, por otro lado, un corazón que desde su indignidad le abre las puertas de par en par: una mujer que también se entrega y le ofrece su alma por pesebre.

Para la procesión de la noche de Navidad (selección)
Cristo
Dispertad Esposa amada
Que quien bien ama no duerme
I de tu ingrato descuido

¹¹ Sobre el uso de distintos instrumentos para la época navideña en Hispanoamérica, Anchisi de Rodríguez (2017, 157) afirma: «En América la música que se empleaba durante la época navideña gozó de gran popularidad desde mediados del siglo XVIII hasta llegar a su apogeo en el siglo XIX. [...] Las celebraciones populares se acompañaban con varios instrumentos, por ejemplo, los caparazones de tortuga, tamborcitos, pitos de agua y chinchines».

Ya mi fineza se ofende
Alma ingrata no me niegues
Hoy en tu morada albergue
El alma
Divino Dueño adorado
Que entre la escarcha y la nieve
Haciendo de humano alarde
A rondar mis puertas vienes
Ah! Que el alma desfallece
Mi bien de ansias de poseerte.
Cristo
Abrid las puertas zagala
Que ya nuestro amor me tiene
Abrazado entre los hielos
Reclinado en un pesebre
Alma ingrata... etc.
El alma
¡Oh! Quien pudiera aun a costa
De mil vidas ofrecerte
Todas las almas criadas
Que te amasen y sirviesen
Ah! que el alma desfallece
Mi bien de ansias de poseerte.
Jesús, María y José (cuaderno 8, año 1888: ff. 1-9).

Una serie de festejos, que rompen con el orden jerárquico siempre respetado en cada acto de comunidad, interrumpen el silencio que se debía observar en el claustro y los dormitorios,¹² introducen una música nunca repetida durante el resto del año al son de instrumentos poco convencionales en un monasterio de descalzas, animan a cubrir el tosco hábito pardo con gasas y flores, y dan por finalizado el estricto ayuno de adviento con una lluvia de caramelos que arroja al aire la abadesa. Al igual que tantas otras religiosas tanto en Europa como en Hispanoamérica, las capuchinas de Buenos Aires apelan a la creatividad, al sentido del humor, a un lenguaje vivaz y realista, para dar por terminadas las austeridades del ciclo transitado y festejan la llegada del Salvador a través de la palabra, el canto, la música, la puesta en escena y unas ricas golosinas.¹³

Terminado el ciclo de Navidad, el otro momento culminante del año litúrgico es la cuaresma, el tiempo de preparación para los misterios de la Semana Santa, que comienza el domingo de quincuagésima, el anterior al miércoles de ceniza. Durante este tiempo se rezan y cantan novenas y septenas, se realizan ejercicios devotos en torno a la Pasión de Jesucristo y se acompaña a su Madre en el dolor (Ap., 44-46). Una vez más los escenarios son varios: el templo —con participación del capellán y los feligreses—; y en el interior del monasterio: el coro, el antecoro y la sala de labor.

Al inicio de la cuaresma, en la iglesia —con la presencia del cura y de los fieles— se canta una novena solemne, seguida del rezo de las siete caídas que sufrió el Señor, desde que es apresado en el Huerto, hasta el Calvario. Una ceremonia a la que se invita a la feligresía a participar desde el

¹² Un silencio absoluto que se recalca en la puerta de cada celda con una tarjeta colgada en la que se lee: «Presencia de Dios y silencio» y un cuadrado que sirve de distintivo. Y por el lado opuesto, el Vía Crucis (Ap., 25).

¹³ En torno al peculiar sentido de la fiesta y el humor en el panorama de la literatura conventual ver Alarcón Román (2014, 352-353). Zaragoza Gómez (2017, 623-626) relata el modo festivo con poesía, canto y baile con que se festejaba el nacimiento de Jesús en el Carmelo descalzo de Barcelona.

templo, en tanto las monjas lo hacen desde el coro, a través de la reja.

Durante la misma época, en el interior del huerto cerrado, las religiosas rezan sucesivamente la novena de Jesús Nazareno, frente a su imagen en la sala de labor; la del crucifijo, en el altar que se le dedica en el antecoro; y la septena de los Dolores en el mismo espacio. Siete días durante los cuales se va meditando sucesivamente en torno a cada uno de los Dolores de María: la profecía de Simeón, la huida a Egipto, la pérdida del Niño Jesús en Jerusalén, el encuentro con su hijo en el Calvario, la muerte de Cristo en la cruz, el descenso de la cruz, la entrega del cuerpo a su madre, y, por último, su sepultura. Una serie de ejercicios piadosos durante los cuales cada religiosa acompaña a Jesucristo en su pasión expresando, día a día, el deseo de sufrir tanto como él padeció.¹⁴

El Jueves Santo es el momento de mayor creatividad dentro del período que estamos transitando. La conmemoración de la cena del Señor y el lavatorio de los pies dan cabida a que las religiosas rememoren el acontecimiento, y construyan y propongan una imagen de Jesús y de sí mismas. En esta oportunidad la puesta en escena se desarrolla en el coro. Una vez más las monjas se apropian, a su manera, de un lugar que por tradición les ha sido asignado para el rezo del oficio divino y la oración mental.

Cada Jueves Santo, en la intimidad del coro las sacristanas preparan una mesa adornada con encajes y flores; en su centro un cuadro que representa la cena y la institución de la eucaristía; y un corderito —que cada año envía un bienhechor—, un botellón de vino y otro de agua (Ap., 44-45). Una cena que nos recuerda, como ha dicho Luce Giard (1999, 204), que «comer siempre es más que comer». La última cena de Jesús junto a sus apóstoles es el ejemplo más palpable de esta afirmación. Una idea que las monjas sin duda comparten. Saben que están reproduciendo un rito antiguo de la Pascua judía recogido por Jesús y sus amigos, un acontecimiento al que el Señor otorga un nuevo sentido al instituir durante su transcurso el sacramento de la eucaristía. Un momento, pleno de signos, que invita al festejo, a la alegría, en medio del dolor de la Cuaresma: encajes, carne de cordero, vino, placeres excepcionales y ausentes el resto del año. Como en ningún otro acontecimiento del ciclo litúrgico, el dolor y el gozo están presentes, se entrelazan, a lo largo de esta semana.

A las tres de la tarde del mismo día jueves se lleva a cabo el lavatorio de los pies. Una ceremonia en la que participa el capellán del monasterio, quien, desde el altar y a través de la reja del coro, toma la palabra y entona el evangelio. Sin embargo, «el lavado de los pies», tal como lo había realizado Jesucristo, está a cargo de la abadesa. En lugar de asumir la palabra, esta mujer repite un gesto, la misma postura de servicio de Jesús: ayudada por la sacristana mayor —quien le ciñe una toalla y un paño— y la ropera —que le acerca el

agua en una palangana— besando el suelo delante de cada religiosa, va lavando los pies de las doce elegidas (Ap., 45). Un acto de humildad y caridad. Una ceremonia con valor pedagógico y devocional, una forma teatralizada mediante la cual las religiosas aspiran a construir y a la vez proponen, una imagen de sí mismas como esposas de Cristo, su modelo y espejo. Un acto ritual que Clara acostumbraba realizar entre sus hermanas en Asís, puntualmente en San Damián (Rotzetter 1995, 54).

El viernes, a la una de la tarde las monjas se reúnen, una vez más, en el coro y conmemoran la muerte de Jesús rezando el *Ejercicio de las Agonías o de las Siete palabras* (Ap., 44. Cuaderno 5, 1871), aquellas que pronunció el Redentor clavado en la cruz, antes de morir. En realidad, se trata de una plegaria a María. Cada una de las últimas exclamaciones pronunciadas por Jesús —tomadas de los distintos Evangelios—¹⁵ es motivo de una reflexión en torno a la madre de Jesucristo y una súplica de intercesión para alcanzar misericordia en esta vida y alcanzar la redención.

Las imágenes humanizadas de Jesucristo, presentes en la vida cotidiana de las capuchinas y muy especialmente aquellas de su pasión, les permiten desarrollar un lenguaje de asimilación con el sufrimiento del Hijo de Dios y materializar sus emociones. Entendían que, en aras de purificarse, debían vivir en carne propia los sufrimientos corporales. La reiterada recreación de la Pasión de Cristo en cada viacrucis y cada Viernes Santo, lograba —afirma Rosalva Loreto López en torno a las monjas de Nueva España (2012, 207-209) y que podemos hacer extensiva a las de Buenos Aires— generar en las religiosas estímulos mentales mediante los cuales ellas buscaban identificarse con Cristo a través del sufrimiento, padecer como Él, ser imagen del Cristo crucificado.

El sábado, a las cuatro de la mañana, las capuchinas se reunían una vez más en el coro para «dar el pésame a María por la muerte de su Hijo». En un encuentro al que concurrían todas, hasta las ancianas y las enfermas, rezaban la *Vía Sacra de María Dolorosa*. Y concluían la *Novena en honor de María Sma. en su triste soledad* (cuaderno 6, 1821). La veta escrituraria de las capuchinas porteñas, hasta donde hemos podido conocer, no se desplegó en torno a la pasión del Señor durante la celebración de la semana santa.

La novenita del Señor de la cocina

Sin embargo, el Cristo crucificado tuvo su espacio: la creatividad devocional y escrituraria de la comunidad alcanza su mayor originalidad en torno a la «novenita del Señor de la cocina» narrada con todo detalle en el apéndice (46-50). Una vez más, una actividad que las monjas llevan a cabo en un espacio no convencional: la antecocina, cuya elección atribuyen a «un milagro». Se conserva la tradición —leemos en dicho documento— que en los primeros tiempos, dos religiosas legas de mucha virtud trabajaban en la cocina, y para conservar su mente en Dios rezaban fervorosas delante

¹⁴ AMSC, Se ha conservado un buen número de los devocionarios correspondientes a estas prácticas en cuadernos manuscritos como en algunos impresos: *Novena de Jesús crucificado que se hace en su altar del Ante Coro de Capuchinas de Bs. As., 1785*; *Septenario de los Dolores de María Santísima [...] por el Ilmo. y Rdo. Señor D. Fr. Joseph Antonio de San Alberto, Año 1785*; *Ejercicio de las Agonías de Ntro. Divino Redemptor en las tres horas del Viernes Santo, abril de 1791*; *Novena de Na. Señora de la Soledad, 1821*.

¹⁵ Las siete palabras de Jesús en la Cruz: perdónalos Padre porque no saben lo que hacen Lc 23,34; hoy estarás conmigo en el Paraíso Lc 23,43; mujer, he ahí a tu hijo, hijo he ahí a tu madre, Jn 19,26-27; Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado, Mt 27, 46-49. Mc 15, 34-37; tengo sed, Jn 19,28; todo está consumado, Jn 19,30; padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, Lc 23,46.

de una estampita de papel, que representaba a Jesús crucificado, una estampa muy ordinaria y de ninguna belleza que tenían en la pared sujeta con un alfiler. Un día, para su sorpresa, ven que vuela hasta el cuartito adjunto a la cocina, la antecocina: ellas la levantan y la colocan en su lugar. Absortas comprueban que sucede lo mismo hasta por dos o tres veces, deteniéndose siempre en el mismo sitio. Aquellas hermanas pensaron que «algo debía querer el buen Jesús», y, con el permiso de la prelada, pusieron la estampa en un cuadro pobrísimo que colgaron en el lugar. Con el tiempo — completando la escena del Calvario— se agregaron las imágenes de la Sma. Virgen y de san Juan Evangelista. Es más, arreglaron allí un pequeño altar y dispusieron una novena que debía terminar el cuarto domingo de Pascua dedicado al Buen Pastor. Nueve días durante los cuales no faltan velas, flores y perfumes en honor al crucificado. Es que cada una se esmera en preparar obsequios para Jesús: un ramo de flores del jardín, una maceta con vistosas plantas que han venido cultivando; la cocinera y su ayudante limpian y blanquean el lugar —que «se va convirtiendo en un verdadero relicario»— con lindos mantelitos, flores, candeleros, lamparitas, la tradicional estera y un pedazo de alfombra.

Una fiesta, llamada la «fiesta de la cocina», que, después de la de Navidad, es la que se espera con más gusto y en la que gozan primeramente las más jóvenes «por ser la cocina siempre de ellas». El día que finaliza la novena es el más importante. Nadie falta y nada falta. Las cocineras, con la colaboración de las encargadas del torno, han preparado regalitos: caramelos, dulces y pastelitos que se reparten después de la cena, delante del pequeño altar, en medio de una nube de incienso, mientras dos religiosas entonan un solemne *Pater Noster* y *Ave María* que repiten las demás. Terminando todo esto —finaliza el relato— no falta alguna viejecita que con su caja de rapé obliga a sus hermanas a que acepten, produciéndose una salva de estornudos con que despiden este simpático y alegre acto.

Una devoción mediante la cual las capuchinas de Buenos Aires despliegan el meollo de su identidad: la sencillez con la que muestran su fe en Jesucristo crucificado, la pobreza, el afecto y la caridad fraterna expresados a través de los regalitos que han ido preparando y acopiando a lo largo de un tiempo; la resignificación de un espacio considerado secundario; la valoración de pequeños gestos que se van olvidando, como el uso del rapé por una anciana de la comunidad con la intención de crear un clima bullicioso, de fiesta; la ruptura de la jerarquización en una ceremonia donde las «últimas», las legas, adquirirían protagonismo, y durante la cual, los cánticos que se entonan son accesibles aún para las menos letradas. En fin, un claro ejemplo de que para las «hermanas pobres», lo cotidiano, inclusive lo aparentemente más sencillo, está sembrado de maravillas.

Después de la novena del Señor de la cocina siguen la secuencia del Espíritu Santo durante siete días, las novenas de la Santísima Trinidad, san Juan, san Pedro, N. M. santa Clara, la quincena del Tránsito, la de Mercedes, del Rosario, el Pilar, san Martín [de Tours], la Purísima y el mes de María (Ap., 50). Solo de algunas han quedado huellas.

2. CICLO DE LA VIRGEN MARÍA, DE LOS SANTOS, DE LAS FIESTAS SOBRE DEVOCIONES

Clara y Francisco: la dupla seráfica

El 12 de agosto, festividad de santa Clara,¹⁶ cada año, desde la fundación del monasterio, la comunidad celebraba a la fundadora de la orden con «un grandioso recreo». Pero en 1806, el 12 de agosto fue un día excepcional. La abadesa sor María Gregoria dejó su testimonio de lo acontecido: a finales de junio, las tropas inglesas habían invadido la ciudad de Buenos Aires. En dicha fecha, a la misma hora en que las monjas estaban realizando la función solemne en honor de santa Clara, «Dios libró [a los porteños] de la herejía disponiendo el corazón de Santiago de Liniers para la reconquista». Movidas por el agradecimiento a Dios y en obsequio de la misma Santa, las capuchinas hicieron una doble promesa. La primera: realizar todos los años una procesión por el claustro, llevando en andas la imagen de santa Clara y así mantener la memoria del beneficio recibido.

La segunda promesa, recibir en honor de santa Clara, una novicia supernumeraria —es decir, sin vacante— sor María del Rosario de la Victoria Oromí, de diecinueve años, quien solicitó ser admitida en el huerto de las hermanas pobres en respuesta a un «llamado especial» (RH I, 268-270). Perteneciente a una de las familias más acomodadas de la ciudad, el Ilmo. Señor Lué y Riega, obispo de la diócesis, le dio el hábito y un año más tarde presidió la ceremonia de su profesión. El 12 de agosto de 1807 sor María del Rosario recitó el poema que el franciscano fray Cayetano Rodríguez compusiera para la ocasión,¹⁷ cuyo original se conserva de su puño y letra en el monasterio y ha sido copiado en el *Resumen histórico* (I: 272-273).

Para sor Rosario (selección)
 Mi corazón no olvida
 Aquella feliz hora
 En que este noble Pueblo
 Por ti [Clara] cantó victoria (Estrofa 4).
 [...]
 Cuando todos vistieron
 Un ropaje de gloria
 Yo visto por tus triunfos
 Tu sayal, que me honra (E. 9).
 [...]
 Bendita seas mil veces
 O Judith Redentora!
 Bella Ester compasiva,
 Débora prodigiosa (E. 11).

¹⁶ Clara de Asís murió el 11 de agosto de 1253. Por celebrarse ese día la festividad de san Rufino, patrono de Asís, durante siglos la festividad de Santa Clara se corrió al 12 de dicho mes. Desde el Concilio Vaticano II (1962-1965) se retornó al 11. En Asís se continúa festejando el 12 de agosto.

¹⁷ Fray Cayetano Rodríguez, compuso este poema en honor de santa Clara, en agradecimiento al triunfo sobre los ingleses, un poema que dedica a sor María Rosario de la Victoria (nombre que le es otorgado en homenaje al triunfo logrado sobre las tropas inglesas) Oromí, con la intención de que ella lo recitara ante la comunidad. Se encuentra en hojas sueltas en el AMSC, escrito de puño y letra del autor. Tiene una recomendación final: «Cántenlos bien» y una nota aclaratoria de fecha posterior: «Es la Me. Oromí que entró en 1807 de supernumeraria en obsequio al triunfo sobre el inglés». Ha sido transcrito en el *Resumen histórico* I: 272-273.

No sabemos si con este poema se inaugura, o era ya una tradición establecida, una serie que año a año irán escribiendo las monjas y recitando las novicias el día que se conmemora a la fundadora de la orden, y a partir de 1806, día también de la reconquista de Buenos Aires, de la victoria alcanzada frente a los ingleses.

Para referirse a Clara, su madre y fundadora de la orden, las autoras apelan a la hagiografía, esa rama de la historia en la que, como tan bien lo expresa Michel de Certeau (1993, 257-267), se transparenta la función didáctica y la epifánica. La vida de Clara, tal como se va relatando poema a poema, es la cristalización comunitaria de una memoria colectiva; aporta a la comunidad un elemento festivo, se sitúa del lado del descanso y del solaz, y como toda escritura hagiográfica oscila entre lo creíble y lo increíble.

Con el objetivo de celebrar a santa Clara, las capuchinas de Buenos Aires compusieron una serie de poemas en su honor de los que se conservan ocho en el cuaderno 14 —autoría de SMJ— y nueve en el cuaderno 19 —el poemario anónimo colectivo— de los cuales dos son copia del anterior. Una producción poética con datos históricos en torno a Clara y también a temas bíblicos que remiten a las mujeres fuertes que la precedieron: su mediación extraordinaria en Asís frente al invasor mahometano, los sarracenos que formaron parte del ejército de Federico II —siglo XIII— un invasor que ponía en peligro a toda la Umbría. Un enemigo brutal que Clara —ya anciana y enferma— ahuyenta apelando a la custodia, al Señor sacramentado, como espada.¹⁸ Un prodigio que las capuchinas de Buenos Aires se atribuyen haber repetido en 1806 frente al invasor inglés, esta vez con la plegaria por escudo. En consecuencia, en los poemas Clara será capitana que defiende a sus hijas y a su pueblo, heroína portentosa, espanto y temor del enemigo, elegida de Dios e hija amada de Francisco, madre de las capuchinas y alegría de cielos y tierra. Una heroína cuya biografía las distintas autoras irán enlazando no solo con las de Judith y Esther defensoras de Israel, sino también con la paloma del arca portadora de esperanza, y con la mujer del Apocalipsis que quebranta la cabeza del dragón, el mal encarnado, mujer prudente y sabia «con la luz siempre encendida» como las vírgenes prudentes del Evangelio (Mt 25,1-13). Hija dilecta del «serafín llagado» quien la inmola, la entrega al Señor en el altar, y una mujer a quien sus hijas le otorgan el título más alto en el imaginario cristiano: «ser copia de María».

iOh! Clara Madre mia, Tu dulce nombre bello Me recuerda la dicha Que gozas en el cielo	No ceses Madre mia No dejes de protegerlo Pues que de tantos males Inundado lo vemos.
---	--

Allí, cual clara estrella, Cual brillante lucero Disipas las tinieblas Que existen en el suelo,	No ya de los Ingleses Que entonces lo invadieron, Si, de inicuas doctrinas que es un mortal veneno
--	---

¹⁸ Rotzetter 1995, 155-156. El autor reproduce las declaraciones de la Hna. Felipa durante el proceso de canonización de Clara: «La Hna. Francisca relató que habiendo entrado los sarracenos al claustro, la señora pidió que la llevaran hasta la puerta del refectorio y pusieron delante de ella una cajilla donde estaba el Smo. Sacramento [...] se postró por tierra en oración y oró con lágrimas diciendo estas palabras: “Señor, guarda tú a estas tus siervas ya que no las puedo guardar”. [...] Oró también por toda la ciudad. Los sarracenos se fueron sin hacer mal».

Allí Esposa querida De Dios tu Amante Dueño, De tus raras virtudes Logras inmenso premio.	No permitas ¡oh! Clara Que siga corrompiendo Este cáncer maligno Los corazones tiernos.
--	--

Anegada en tus glorias No olvides el empeño De tus amantes hijas Que hoy se gozan en serlo.	Me temo que mis culpas Sean la causa de esto Y así pon compasiva En mi tus ojos bellos.
--	--

Recuerda Madre mia Aquel feliz momento En que como otra Esther Libraste a este pueblo.	Alcánzanos a todas De nuestro Dios eterno, La gracia de imitar Tus virtudes i ejemplos
---	---

Cual Judit valerosa Saliste al encuentro Del pérfido enemigo Que intentaba poseerlo.	Para que juntas todas Nos veamos en el cielo Y con eternos goces Felices te alabemos (C. 19, Clara, 4)
---	---

Francisco es homenajeado junto a Clara en varios de los poemas que las capuchinas dedican a su fundadora. Solo en uno —un acróstico— él es el único protagonista:

Serafín llagado
Serpentean los rayos! El Eterno
Encima de las nubes colocado
Ruina y exterminio ha preparado
A un siglo infiel, engendro del Averno;
Francisco, compasivo y siempre tierno
Inflamado en amor, así le ha hablado:
«No han de prevalecer, lo habéis jurado
Las puertas Jesús mío del infierno».
Las llagas presentó, i en un instante
Aquel León de Judá es un cordero.
Gracias á una señal tan deslumbrante
Al deshecho huracán que brama fiero
Diremosle: «No vayas adelante»
Obsequiando á esas llagas con esmero (C. 19, 169).

Una vez más afloran la compasión y la intercesión tan presentes en el imaginario franciscano. Estas son las actitudes de Francisco que Clara retoma ante el avance de los soldados sarracenos y que repiten las monjas capuchinas de Buenos Aires frente a la invasión de las tropas inglesas. En una sola composición la autora de este poema dedicado a Francisco demuestra conocer la historia del fundador de la orden, la situación político-religiosa europea que justifica el surgimiento de un personaje con posturas tan extremas, la conducta de un Dios castigador/justiciero muy presente en el imaginario medieval, el valor salvífico de sus llagas y la fuerza y eficacia de la intercesión. Esta última una de las principales tareas de las hijas de Clara: contemplativas orantes.

Devociones marianas

La figura de María, sus distintas festividades a lo largo del año litúrgico, muy especialmente durante agosto, septiembre y noviembre, son una importante fuente de conocimiento, de emociones que aumentan la piedad y la alegría, y por lo tanto de inspiración poética.

El 15 de agosto culmina la quincena del tránsito de María, de su ascensión a los cielos en cuerpo y alma (Muñoz 2008, 125-130). Una festividad sobre la cual las monjas han

escrito más de veinte poemas, cuya lectura nos permite hoy comprender el profundo significado de este acontecimiento entre las capuchinas. Cuatro de ellos fueron escritos por sor María Jacinta Guerrico (C. 14); una veintena —de autoras desconocidas— se transcribieron en el cuaderno 19. Si bien en su mayoría podrían ser todos originales, por lo menos dos son copia de los compuestos por sor Jacinta, sin ninguna indicación de dicha fuente; lo que es un claro indicio del sentido comunitario de estos textos y de la escasa, casi nula, atención que se presta a la autoría.

Esta serie de poemas pone en escena la temática del cielo, una cuestión central para la fe cristiana, motivo de reflexión además de una experiencia (Graña Cid 2018, 13-28), muy especialmente para las monjas. El cielo, ámbito de lo trascendente y de la vida futura, esperanza de salvación y búsqueda del más allá, que cada 15 de agosto se convierte en tema protagónico.

Poemas que, verso a verso, muestran a María plena de gozo y poder, en el preciso momento de su tránsito al cielo en cuerpo y alma. María, lucero de la mañana, la más pura luz de los cielos, sube vestida de sol, coronada de estrellas y con la luna a sus pies; templo de la Trinidad, Hija de Dios Padre, Madre de Jesucristo y Esposa del Espíritu Santo, es recibida por las tres divinas personas quienes la coronan y la sientan a su diestra, en el sitio de honor, donde comparte la plenitud y la gloria como emperatriz del cielo. Un espacio de alegría y gozo que se manifiesta en el canto de los serafines y la música de las arpas.

Sin embargo, la tristeza también está presente en este acto. Ante su partida, sus hijos quedan huérfanos, rodeados de espinas en este valle de lágrimas. En consecuencia, en numerosos poemas surge la súplica: «por los que lloran, por los que gimen, por los que imploran». «Por mí». El «yo», que durante la puesta en escena se dejaba oír a través de la voz de la novicia, se manifiesta con una súplica en primera persona: «en mi agonía ruega por mí». María será en adelante tabla de salvación, dulce consuelo y esperanza de vida eterna. Ante el llanto de los apóstoles frente a la partida de la madre del Salvador, la poeta logra condensar en un solo verso el sentido más profundo del acontecimiento que se festeja: «No es la muerte la que su alma al cielo ha transportado, no, es el amor» (C. 19, Tránsito de María, poema 7).

Dios te salve Madre amada
De mil gracias adornada,
A quien angélicos coros
Tributan sus alabanzas.

A un trono de inmensa gloria
Divinamente elevada
Allí vives, allí reinas
Allí ordenas, allí mandas.

Salve pues divina aurora
Estrella de la mañana
Cuyas refulgentes luces
Al empíreo cielo encantan.

Cual reina del universo
Emperatriz soberana
Allí escuchas los gemidos
De tus hijos que te aclaman.

Sobre alas de serafines
Magnífica fue tu entrada
Al lugar de tu descanso
En las eternas moradas

Sois del Padre hija perfecta
Del Hijo Madre agraciada
Del Espíritu de amor
Su dilecta esposa amada.

Allí recibida fuiste
Cual esposa enamorada
De aquel mismo que en tu seno
Vestiste de carne humana

Desde ese trono de amor
Donde yaces coronada
Vuelve a nos, esos tus ojos
De madre y fiel abogada.

Echa pues tu bendición
Dulce emperatriz sagrada
A estas tus amadas hijas
En tus glorias empeñadas
(C. 19, Tránsito de María, 14).

Año tras año, el 8 de septiembre se conmemora la Natividad de María (Muñoz 2008, 11-16), exactamente nueve meses después de la fiesta de su Inmaculada concepción. Para recordar este acontecimiento las capuchinas escribieron una veintena de poemas (C. 19, poemas 1-20) verdaderos cánticos de alabanza.

En un intento por mostrar la participación de María en la historia de la humanidad desde la más remota antigüedad, las autoras remiten a los textos veterotestamentarios:

En vano te cantaron Patriarcas y Profetas
Trazando en lontananza, tus pasos i tu faz,
Mas no, no es para ellos la dicha tan hermosa,
Que fue para nosotros gozar de tu amistad (C. 19, Natividad de María, 3).

Y ellas mismas nos van acercando a la comprensión de esas profecías que a lo largo de los siglos habían ido anunciando a la Madre del Redentor, puntualmente su pertenencia a la estirpe escogida de Israel, a la casa de David:

[María] Esta vara de Jesé
Que hermosa florecerá
Y Rosa que en Jericó
Flores preciosas dará (C. 19, Natividad de María, Poema 1).

María, la vara de Jesé —el padre de David, inicio de la estirpe escogida— de la cual brotó la flor: Jesucristo, el Salvador. Unos versos que refieren directamente a Isaías 11, 1-5, siglo VIII a. C.: «Dará un vástago el tronco de Jesé». La rosa de Jericó nombrada en más de una oportunidad en la Biblia, en este contexto podría estar refiriéndose a que, al igual que María, florece cuando encuentra el lugar y tiempo adecuado. Después de una espera varias veces centenaria Dios cumple con la promesa. En María se cumplen los tiempos y se inaugura la Nueva Alianza: el Hijo de Dios toma de ella la naturaleza humana y pone fin a las expectativas mesiánicas.

En uno de los poemas la autora logra convocar las distintas temáticas que evoca esta festividad: María, mujer singular, concebida sin mancha, tesoro de enseñanzas. Una mujer a quien alaba toda la creación: reina de cielos y tierra. Una vez más, la presencia de un «yo» que logra expresar sus más íntimos deseos, marca la culminación del poema:

Tu nombre, es el más grato, que guarda la memoria
Tu imagen, la más bella, que encierra el corazón
Tesoro de enseñanzas tu peregrina historia
Asombro de los cielos tu pura Concepción.

Los astros refulgentes coronan tu cabeza
Los ángeles absortos te alaban sin cesar
Y Dios desde su trono bendice tu pureza
Y admira complacido tu gracia singular.

A ti las flores bellas envían sus aromas
Las luces las estrellas, los bosques su rumor,
Los pájaros su canto, su arrullo las palomas
Su fé los corazones, los ángeles, su amor.

Y te formó tan bella la mente creadora
Y quiso tantas gracias en tu alma atesorar
Que Tú eres de los hombres purísima Señora
Y Reina de los cielos i Estrella de la mar.

¡Oh cándida doncella, sin mancha concebida!
¡Oh mística azucena del huerto del Señor!
¡Paloma inmaculada, que junto a Dios habitas!
De Dios enamorada con tan divino amor!

Siempre tu dulce nombre pronuncié con cariño
Llamándote en la cuna cuando a hablar empecé
Y siempre he de llamarte con el afán del niño
En este claustro santo, i en mi muerte también.

Perdona Madre mía que a ensalzarte no acierte
Y alcánzame la gracia, que siempre te pedí
Llegar a ser Esposa del Dios que amas y amaste!
Y ambicionar la muerte para volar a Tí (C. 19, La Natividad de María, poema 4).

Desde el 7 de noviembre hasta el 8 de diciembre se celebra cada año el Mes de María, «el cual nos criamos rezando» recuerda la autora del *Resumen Histórico*.

Una devoción que durante los primeros años del monasterio se rezaba en forma individual pero que hacia 1870 [cabe recordar que el dogma de la inmaculada concepción de María data de 1854] se convino hacerlo todas juntas, inmediatamente después de vísperas, en el antecoro, frente a la imagen de la Purísima. Cada trienio la Prelada señala una religiosa «prolija y devota» a cargo del altar: su limpieza, flores y perfumes. Flores que, antes de prima, ella recoge diariamente en el jardín, a las que agrega otras tantas que acercan los bienhechores del monasterio a cambio de súplicas a la Santísima Virgen. Una alabanza que se reza, no se canta, pero con tanto fervor, que es vivido como un mes de gloria a los pies de María (Ap., 50-52).

El mismo día 7 se reparten las cédulas que se han ido escribiendo o se han rescatado entre las escritas en años anteriores. Por ellas se practican los «obsequios» que cada religiosa ofrece a María y, al terminar, después del acto de consagración, se sortean los días del mes entre todas las monjas y novicias, de modo que no falte ninguno en que se le haga una visita.

Las hermanas han conservado dos series de cédulas, de unas cuarenta unidades cada una. En la serie que se conserva en el cuaderno 3 cada cédula consta de distintas partes: alabanzas, súplicas y obsequios. Transcribo a modo de ejemplo:

La sensitiva
El corazón de María no recogía sino rocíos celestiales, i estuvo cerrado á las funestas ideas del mundo, a la manera de la sensitiva que se retira presurosa de la mano que la toca.
—1.^ª jaculatoria
¡Oh! Santísima Madre del amor hermoso, obtenedme de vuestro divino Hijo, la gracia de la caridad perfecta.
—2.^ª jaculatoria
Preciosas sensitivas
Con gusto te ofrecemos,
Por ellas aprendemos
Temor Santo de Dios
¡Oh! Virgen delicada,
De todas la mas bella
Seguirte yo quisiera

I amarte con ardor.
—Obsequio
Pedir postrada a los pies de María, nos cobije bajo su manto maternal y nos bendiga
(C. 3, Cédula 5).

En una serie de hojas sueltas se han recogido cuarenta estrofas en verso. Cada una dedicada a una flor y a la virtud que esta evoca: lirio y azucena, emblemas de la pureza; violeta: humildad; siempreviva: renovar cada hora una dulce aspiración; diamela: sencillez y alegría; rosa miniatura: ofrecer acciones pequeñas; nomeolvides: ofrecer actos de amor.

Flor del aire Una blanca flor del aire Yo le ofreceré a María Si de todo desprendida Dispongo mi corazón Para hacerle la mansión A Jesús Eucaristía. (Folios sueltos, cédula 13)	El nardo O Virgen Inmaculada El nardo será mi flor, Si en actos de puro amor, I contrita y humillada, De las almas extraviadas Procuró su salvación. (Folios sueltos, cédula 20)
---	---

Actividades gratificantes: recoger flores, armar ramos para el altar, escribir y recitar versos a María, que hace exclamar a la autora de las memorias: «Cuando concluye el mes de María, se siente un vacío, algo falta» (Ap., 52).

Sin embargo, ya están transitando el tiempo de advenimiento. Y el ciclo litúrgico, la reactualización de tantos acontecimientos sagrados, un ciclo indefinidamente recuperable, repetible, recomienza.

3. CICLO DE LAS VESTICIONES Y LAS PROFESIONES

La poesía escrita para las tomas de hábito y las profesiones es uno de los subgéneros más frecuentes entre las escritoras conventuales desde el siglo XVII. Una tradición cuyo inicio conocido se remonta a Teresa de Jesús y se extiende desde Barcelona y Zaragoza hasta Madrid, Córdoba, Sevilla y Valencia (Baranda Leturio 2011; Zaragoza Gómez 2016). Y muy probablemente llega a Buenos Aires con las religiosas capuchinas, quienes en 1710 —el momento de auge de esta producción poética— provenientes de Madrid fueron a fundar a Lima (1712) y años más tarde a Santiago de Chile (1727), para llegar sus sucesoras a la ciudad porteña en 1749. Una tradición poética que en la América meridional también encuentra eco entre las monjas dominicas, quienes en 1745 fundan el primer monasterio de clausura en este puerto lejano (Fraschina 2017).

Las capuchinas han conservado poemas para el ingreso y la profesión solemne en dos cuadernos: cuaderno 14, con tres poemas para el ingreso y cuatro para la profesión, y el 19, con 16 y 17 poemas respectivamente. Si bien en el apéndice no encontramos ningún relato en torno a estos acontecimientos, se conserva memoria en el monasterio que fueron escritos para ser recitados en el interior de la clausura una vez terminada la respectiva ceremonia pública, para ser disfrutados en la más estricta intimidad. Ignoramos si estamos ante textos originales en su totalidad o si algunos fueron copiados de otros poemarios. Sí pudimos comprobar que en el cuaderno 19 —una vez más— se transcriben dos composiciones del poemario de sor María Jacinta Guerrico (C. 14).

Se trata de una serie de poemas escritos para homenajear y dar la bienvenida a cada novicia y a las nuevas profesas, establecer un vínculo de mutuo afecto entre las recién llegadas y las religiosas, para guiarlas en la interpretación de la Palabra revelada, y en la comprensión de ciertas zonas aún no percibidas de su vida espiritual. Son poemas que aportan las herramientas necesarias para descifrar metáforas y alegorías que se convierten en lugares de enseñanza, figuras retóricas que las poetas irán construyendo en torno a ciertos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, de las voces desgarradas de las místicas medievales; composiciones que se hacen eco de las oraciones que día a día se rezan en el oficio divino y de momentos alucinantes en la vida de Clara y de Francisco.

Los tópicos elegidos no son originales: las distintas autoras escriben a partir de modelos ya existentes, recurren a *topoi* de la escritura conventual. Refieren, una y otra vez, el ingreso al monasterio como un deseo personal cumplido, pero también como «respuesta» a una llamada de Jesucristo, enviado del Padre, quien las separa del mundo y las introduce en su viña. En cada poema la homenajeadora será la elegida del Señor, tal como la paloma del arca y el pueblo de Israel. Invitada a abandonar el siglo —la cruel Babilonia con sus esplendores— y a su familia de sangre, ella se entrega feliz. En adelante, le advierte la voz de su Amado, deberá vivir humilde, mansa y honesta en la mansión que Él le tiene preparada: el monasterio, monte santo, mansión deliciosa; mejor aún, escondida en sus llagas teniendo siempre en su mira el monte Calvario, la cruz donde su Esposo tiene su «cátedra» y con la que fue recibida el día de su ingreso, en el momento del cruce del umbral. Cual hija de Clara y con ayuda de la gracia, encontrará contento, paz, dicha y consuelo.

El día de la profesión solemne, caracterizado en cada poema como día señalado, instancia de llegada, en el que comienza una nueva vida consagrada a su divino esposo, se festeja en el corazón del huerto con poemas y canciones. Es día de esperanzas cumplidas en el que todas las hermanas reciben a la nueva hija de Clara quien, abandonando el mundo para siempre, inicia definitivamente su vida en el monasterio. Un lugar donde ahora le espera su celda: ese «pedazo de cielo», espacio de soledad, de oración y lecturas, ¿de composición poética tal vez? Ella, la elegida para esposa del mismo rey del cielo, sabe y se lo recuerdan Jesucristo y sus compañeras de vida a través de poemas y coloquios, que el camino a recorrer es de sangre, de cruz; que deberá entregar su albedrío y sus potencias espirituales, ser humilde y honesta y luchar en el silencio. Un camino que compartirá con sus hermanas, en alegría y esperanza. Para ayudarla a lograr tan altos objetivos el Señor le ofrece la llaga de su costado como refugio y lugar de encuentro. Si persevera, le esperan inmortal corona, palma y dicha eterna en la mansión celeste.

Para el día de entrada de Novicia	Para el día de la Profesión (selección)
O que gozo que placer que consuelo hermana mía al veros en posesión de la Tierra prometida. La espalda vuelves al Mundo que por loco desatina pues huie de quien le sigue siguiendo el al que le olvida	¡Oh! que señalado día ¡Oh! que dichoso momento En que os habeis desposado Con el mismo rei del cielo. Decid puedes con San Pablo Llena de gusto y contento: Vivo yo, mas ya, no yo Vive en mi mi dulce dueño.

Y pues lo dejas no vuelvas el pensamiento o la vista teme quedar en castigo en estatua convertida Entra ya en el noviciado como la otra palomita que esta es la arca misteriosa con que el esposo os convida Mirate como los muertos que pasan a mejor vida y en el seno de tu amado goza inefables delicias Mas sabed que estas se encuentran como la rosa entre espinas por que es esposo de sangre a quien te encuentras unida. Traele siempre entre tu pecho como hacesito de mirra y en su corazón divino tendrás tu vida escondida Y así de la Profesión por tu virtud te harás digna y te darán la corona al siervo fiel prometido. Amén (C. 14, Ingreso, P. 1)

Y, Este, crucificado Pendiente en la cruz i muerto; Y me ofrece en su costado, Un seguro i dulce puerto. Su vida toda escondida Siendo Rei i Dios eterno Para enseñarnos así A habitar este destierro. En pobreza y humildad En obediencia sujeto El que ahora tiene a sus piés Por peana al universo. En fin carísima hermana De Jesús tu Esposo tierno, Debeis copiar las virtudes Con que merezáis el premio. Para que oigáis de su boca En tus últimos momentos Ven esposa mui querida De las penas al contenido. De las lágrimas al gozo Del humilde abatimiento A gozarme para siempre Por los siglos sempiternos. (C. 19, Profesión, P. 10)

CONCLUSIONES

La lectura y el análisis del *Resumen histórico*, concretamente el tomo III, su «Apéndice», un verdadero costumbrario, y la serie de poemarios escritos por las monjas capuchinas de Buenos Aires, nos ha permitido acceder a la intimidad de la clausura, un mundo hasta ahora desconocido: varias de las prácticas devocionales y escriturarias que estas esposas de Jesucristo fueron desarrollando a lo largo de un siglo y medio —desde fecha cercana a la fundación del monasterio, en 1749, hasta 1920— a las que dieron forma —a diferencia del oficio divino— en su lengua vernácula, con «palabras brotadas del corazón». Siguiendo a Michel de Certeau (1993, 40) constatamos que «la expresión literaria enuncia lo que se percibe como faltante». En este caso pudimos ver que las prácticas devocionales y sociales que las religiosas crean y escenifican cada año a lo largo del ciclo litúrgico, apelan a los afectos y a las emociones, valiéndose para ello de un lenguaje cotidiano. Escriben poemas mediante los cuales brindan una serie de indicios, fundamentalmente un profundo deseo de acompañar a sus modelos, Jesucristo, María y Clara —los espejos en quienes quieren verse reflejadas— en los distintos momentos de gozo y de dolor que va proponiendo la liturgia.

Queda claro cuáles son los caminos que transitan con diversos objetivos: mantener vigente su adhesión a la pobreza y a una profunda vida espiritual en medio de una sociedad que, en vías de secularización, condena su opción por la vida consagrada en la clausura; enseñar a las novicias las profundidades de la fe; dejar constancia de muy originales maneras de hacer: procesiones de monjas capuchinas cubiertas con gazas y flores en honor del Niño Dios; un banquete con vino y cordero en una mesa engalanada con encajes en medio del coro; una novenita al crucificado en la antecocina, lugar de humo y aromas mezclados, tan distintos al incienso. Casi un mundo al revés. Una capacidad de inventiva que desarrollaron con la clara intención de acceder y explicar lo

inefable a partir de lo cotidiano, conservar la memoria de su comunidad y crear un saber destinado a perdurar.

Para lograrlo inventan originales lugares de habla, nuevos espacios de enunciación en la intimidad de la clausura; a partir del uso de la primera persona reivindican la subjetividad; apelan a la oralidad, conscientes del papel fundador que esta tiene en su relación con el otro; y muestran que conocen y explotan la abundancia inventiva presente en las prácticas cotidianas. Distintas prácticas que permiten entender las innumerables estrategias de este grupo de religiosas que, amparándose en el anonimato, hablan de sus anhelos espirituales y fraternos y hacen de cada acontecimiento —religioso, social y hasta militar— una oportunidad para integrar lo poético en las distintas celebraciones privadas, expresarse desde la experiencia, para crear y crearse, dar a entender y entenderse, y muy especialmente anudar lazos con sus compañeras de ruta y con lo divino.

Tomando una idea de Henri Bremond (1947, 58), podríamos afirmar que ellas «intentaron mediante la poesía, abrir lo más posible las puertas del misterio». Es más, hicieron de su escritura y de sus prácticas devocionales una plegaria, cumpliendo así con la aspiración expresada en el *Resumen histórico*, de conservar, mediante pequeños actos devocionales, el espíritu recogido disponiéndolo para la santa oración, y encender el deseo de adelantar hacia la perfección (Ap., 42), al tiempo que construyeron un patrimonio femenino —composiciones de mujeres para mujeres— que sin duda aspiraban a que se convirtiera en referente. Un deseo al que intenta contribuir este ensayo que pretende cooperar en el análisis de la literatura femenina conventual, un *corpus* que se encuentra hoy en construcción.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón Román, Carmen. 2014. «La producción poética de sor Francisca de Santa Teresa (1654-1709): entre la cotidianidad y la espiritualidad». En *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España moderna*, editado por Nieves Baranda Leturio y M.ª Carmen Marín Pina, 345-361. Madrid: Iberoamericana — Vervuert.
- Anchisi de Rodríguez, Coralia. 2017. «Una obra de teatro del Cancionero del monasterio de la Concepción de Guatemala». *Boletín de Monumentos Históricos*, 39: 149-168.
- Baranda Leturio, Nieves. 2011. «Cantos al sacro epitalmio o sea pliegos poéticos para las tomas de velo. Deslindes preliminares». *Bulletin Hispanique*, 113 (1): 269-296. <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.1345>
- Baranda Leturio, Nieves. 2013. «Producción y consumo poéticos en los conventos femeninos». *Bulletin Hispanique*, 115 (1): 165-183. <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.2421>
- Bremond, Henri. 1947. *La poesía pura*. Buenos Aires: Argos.
- De Certeau, Michel. 1993. *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fraschina, Alicia. 2010. *Mujeres consagradas en el Buenos Aires colonial*. Buenos Aires: Eudeba.
- Fraschina, Alicia. 2012. «Las capuchinas de Buenos Aires. De la monarquía a la república (1749-1865)». *Archivum Franciscanum Historicum*, 105: 513-556.
- Fraschina, Alicia. 2017. «Poesía en la clausura. Celebración del ingreso y la profesión solemne en el monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires: 1861-1903». *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 150: 93-126. <http://doi.org/10.24901/rehs.v38i150.295>
- Giard, Luce. 1999. «Hacer de comer». En *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*, editado por Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol, 151-255. México: Universidad Iberoamericana.
- Graña Cid, María del Mar, ed. 2018. *El cielo. Historia y espiritualidad*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Lavrin, Asunción. 1995. «Cotidianidad y espiritualidad en la vida conventual novohispana: siglo XVII». En *Memoria del Coloquio Internacional sor Juana Inés de la Cruz y el pensamiento novohispano*, 203-219. México: Instituto Mexiquense de Cultura.
- Lavrin, Asunción. 2007. «Devocionario y espiritualidad en los conventos femeninos novohispanos: siglos XVII y XVIII». En *Religiosidad y reclusión femenina en España, Portugal y América. Siglos XV-XIX*, editado por María Isabel Viforcos Marinas y Rosalva Loreto López, 149-162. León — Puebla: Universidad de León — Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Loreto López, Rosalva. 2012. «Dichosa desdicha. El epistolario espiritual de Isabel Rosa de Jesús, monja clarisa novohispana». *Archivum Franciscanum Historicum*, 105 (1-4): 197-220.
- Morand, Frédérique. 2009. «Enlightenment Experience in the Life and Poetry of Sor María Gertrudis de la Cruz Hore». En *Eve's Enlightenment. Women's Experience in Spain and Spanish America, 1726-1839*, editado por Catherine M. Jaffe y Elisabeth Franklin Lewis, 33-50. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Muñoz, Héctor. 2008. *María proclamada por la palabra. Cantada por la liturgia*. Buenos Aires: Editorial San Pablo.
- Omaechevarría, Ignacio. 1952. *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Rotzetter, Anton, OFM Cap. 1995. *Santa Clara de Asís. Primera mujer franciscana*. Traducción del portugués Fr. José Guillermo OFM, Barrancavermeja. Sin editorial.
- Udaondo, Enrique. 1949. *Antecedentes históricos del Monasterio de Ntra. Sra. del Pilar de monjas Clarisas. Anexo al templo de San Juan Bautista de Buenos Aires (1749-1949)*. Buenos Aires: Talleres Gráficos San Pablo.
- Vargas Ugarte, Rubén. 1947. «Viaje de cinco religiosas capuchinas desde su convento de Madrid hasta la ciudad de Lima, donde fueron a fundar, pasando por Buenos Aires y Santiago. Sucesos del mismo y origen del observante monasterio del Jesús, María y José, 1710-1722». En *Relaciones de viajes. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 209-381. Lima: Instituto de Investigaciones históricas.
- Zaragoza Gómez, Verónica. 2016. «Poesía, ritual i cant per a la festa: l'univers criatiu dels poemes de vesticions y professions al convent de carmelites descalces de Barcelona (segle XVII)». *Scripta. Revista internacional de literatura i cultura medieval i moderna*, 7: 160-186. <https://doi.org/10.7203/scripta.7.8475>
- Zaragoza Gómez, Verónica. 2017. «El cancionero poético del Carmelo descalzo femenino de Barcelona (ca. 1588-ca. 1805)». *eHumanista* 35: 615-644.